

Pedro Barceló
Juan José Ferrer

Historia de la Hispania romana



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2007
Segunda edición: 2016
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Busto del emperador Trajano. Museo del Louvre, París
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Pedro Barceló y Juan José Ferrer Maestro, 2007
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-418-5
Depósito legal: M. 11.499-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

| | |
|-----|------------------------------------------------------------------------------------------|
| 13 | Prólogo |
| | I. LA CONQUISTA DE HISPANIA |
| 19 | 1. Antecedentes |
| | Primera fase: Hispania entre Cartago y Roma (237-206 a. C.) |
| 28 | 2. Invasión cartaginesa |
| 38 | 3. Primeras intervenciones romanas: el tratado de Asdrúbal |
| 50 | 4. <i>Fides romana</i> : Sagunto y Roma |
| 59 | 5. El conflicto romano-cartaginés |
| 69 | 6. La Segunda Guerra Púnica |
| 76 | 7. Los romanos irrumpen en Hispania |
| | Segunda fase: Los pueblos hispanos entre la opresión y la resistencia (206-133 a. C.) |
| 84 | 8. Escipión y el inicio del dominio romano |
| 97 | 9. Hispanos frente a la potencia hegemónica mediterránea |
| 108 | 10. Catón en Hispania |
| 119 | 11. Graco en Hispania |
| 134 | 12. Las Guerras Lusitanas y Celtibéricas |
| 151 | 13. Viriato |
| 160 | 14. Campaña de Bruto en Galicia |
| 167 | 15. Nacimiento de un mito: Numancia |

Tercera fase: Hispania como factor
de la política interna de Roma (133-19 a. C.)

- 182 16. De la destrucción de Numancia a la Guerra Sertoriana
192 17. Sertorio, Metelo y Pompeyo en Hispania
209 18. César en la Hispania Ulterior
216 19. Hispania durante la guerra civil entre César y Pompeyo
230 20. Augusto y el sometimiento de los astures y los cántabros

II. HISPANIA Y EL IMPERIO

- 245 21. Hispania durante el siglo I
263 22. La era de Trajano, Adriano y los Antoninos
276 23. Romanización
291 24. Religión tradicional y expansión del cristianismo: la postura de Trajano
302 25. Hispania durante el siglo III
316 26. Las reformas de Diocleciano
326 27. Dinastía constantiniana
338 28. Administración civil y militar
348 29. La época de Teodosio
357 30. El cristianismo como factor de discordia y de cohesión
368 31. Invasiones germánicas: los visigodos en Hispania
379 32. Hispania bizantina

III. ECONOMÍA Y SOCIEDAD

- 389 33. Introducción

Expansión y crisis

- 403 34. Cartago y los metales de Iberia

- 411 35. Los gastos militares romanos
416 36. La conquista financiada con capitales privados
426 37. Contribuciones fiscales
434 38. Botines de guerra
448 39. La explotación de los recursos mineros
460 40. La comercialización de los metales
467 41. Inmigración itálica: colonos y negociantes
480 42. Comercio y mercados
510 43. Cultivos agrícolas y producción ganadera. Las *villae*
535 44. Administración y fiscalidad en el Alto Imperio
555 45. La sociedad del Principado y las ciudades

Otra economía. Otra sociedad

- 590 46. Precios, moneda, inflación
609 47. La sociedad bajoimperial
623 48. La nueva fiscalidad
633 49. Producción y comercio

651 Cronología

655 Bibliografía

673 Índice de mapas

*A Pilar y Rosa,
madres amadísimas*

*José María Blázquez (1926-2016).
In Memoriam*

Prólogo

Con la llegada a las costas de la Península Ibérica de pueblos colonizadores procedentes de la cuenca del Mediterráneo oriental (fenicios y griegos) se iniciaron una serie de intercambios materiales y culturales en los territorios frecuentados por estos navegantes, a lo largo del litoral mediterráneo y atlántico, que acabaron provocando una profunda transformación de su mapa político, económico y social. Este secular proceso afectó especialmente a las sociedades autóctonas, las cuales, pese a su innegable fragmentación tribal, no dejaron por ello de desarrollar una civilización propia y de largo alcance territorial, cuyo elevado nivel puede apreciarse gracias a los múltiples testimonios legados a través de los documentos escritos y de los restos arqueológicos: elaboración y manufactura metalúrgica, producción artesanal, creaciones artísticas, urbanismo, uso de la escritura, compleja estructura social, etc.

Posteriormente, con la entrada en escena de los cartagineses en el último tercio del siglo III a. C., la Península Ibérica se vio de golpe inmersa en el centro de la tensa política mediterránea, convertida en manzana de la discordia entre las grandes potencias de la época: Cartago y Roma. Atraídos por los múltiples recursos del país, los romanos no tardarán en disputar a los cartagineses sus recién adquiridas posesiones. La Segunda Guerra Púnica (218-206 a. C.), la primera confrontación bélica a gran escala librada por pueblos foráneos en litigio por el control de las ubérrimas regiones hispanas, cambiará de repente su orientación y destino.

La intervención de Roma, insertada en un complejo proceso de opresión, resistencia, convivencia y colaboración respecto al mundo indígena, llevará finalmente a la conquista del territorio hispano, materializándose por vez primera la unidad política de las diferentes etnias diseminadas por toda la geografía peninsular bajo la supervisión de una potencia exterior. Mediante la incipiente presencia masiva de romanos e itálicos en Hispania se fomentará la integración de sus dispares territorios en una mancomunidad política, económica, social y religiosa denominada Imperio romano.

Ningún otro pueblo foráneo conseguirá influir de una manera tan persistente y decisiva sobre los destinos del país y de sus habitantes. La romanización, que fue capaz de recubrir eficazmente las peculiaridades autóctonas –sin llegar a suplantarlas– y de sentar las bases de una nueva identidad hispanorromana, suscitará rechazos y adhesiones al mismo tiempo, y se configurará como el principal agente de transformación

política, religiosa, económica y social. Durante la secular dominación romana, Hispania, tanto por voluntad propia como por presión ajena, se convertirá en uno de los más sólidos soportes del Estado romano, de la República primero, y del Imperio con posterioridad. Sus múltiples aportaciones, especialmente visibles en el área de los intercambios económicos (metales, cultivos agrícolas, salazones, manufacturas) pero de forma más espectacular si cabe en los terrenos de las letras y de la cultura (Pomponio Mela, Séneca, Lucano, Marcial, Columela, Quintiliano), de la política (Balbo el Mayor, Trajano, Adriano, Teodosio) y de la religión (Osio, Dámaso, Prisciliano), contribuirán a reducir las distancias entre el centro y la periferia, al tiempo que irán estrechando los vínculos entre las elites provinciales y la Urbe.

La cristianización pondrá de relieve la profunda inserción de Hispania en el ámbito religioso del Imperio y determinará el camino a recorrer por la sociedad hispanorromana en su trayectoria final. En la época de transición de la Antigüedad al Medievo, la Península Ibérica, cuya unidad se desgarró con motivo de las invasiones germánicas, aparece como un territorio culturalmente romano, oscilante entre la integración dentro del incipiente marco político europeo creado por los pueblos germánicos y la marginación de partes significativas de su población. Ésta, que habita mayoritariamente en el medio rural, habla (con excepción de los vascones) una lengua basada fundamentalmente en el latín. En las ciudades, las huellas del pasado romano permanecen vivas y prolongan las señas de continui-

dad e identidad dentro de un mundo sujeto a profundas crisis y transformaciones. Por otra parte, persiste un cúmulo de diferencias regionales determinadas por factores naturales (clima, topografía) o por la geografía política y humana, niveladas durante algún tiempo, pero que nunca lograrán ser superadas de una manera definitiva. Unidad y multiplicidad: este lema puede emplearse desde un principio como motivo principal para analizar cuál fue el papel histórico de la Península Ibérica en la Antigüedad, condicionada por la decisiva influencia secular de Roma en la mayor parte de su territorio.

Al esclarecimiento de los múltiples interrogantes en torno a la formación, función, significado y legado histórico de la Hispania romana dedicamos la presente puesta al día de un libro cuya primera edición, aparecida en el año 1975, fue fruto del loable esfuerzo de Antonio Tovar († 1984) y de José María Blázquez († 2016), prestigiosos maestros de la especialidad, cuya amistad y consejo hemos gozado y queremos agradecer.

La obra se estructura en tres grandes apartados que intentan abarcar el conjunto de elementos históricos que afectan a la Hispania romana; una distribución que obedece a un cierto sentido didáctico para favorecer la mejor comprensión por parte del lector.

El primero «La conquista de Hispania» sitúa el escenario del enfrentamiento Roma-Cartago y desarrolla los acontecimientos habidos durante el periodo de la República, para finalizar con la total integración de los territorios peninsulares bajo el dominio de Roma tras la intervención militar de Augusto.

El segundo «Hispania y el Imperio» se inicia en el periodo más brillante del Imperio romano, dentro del cual el protagonismo de Hispania y de sus dirigentes políticos fue excepcional, y continúa a través de los cambios provocados durante el siglo III y las reformas del Bajo Imperio, con atención especial al trascendental desarrollo del cristianismo, para finalizar con la desaparición del poder político de Roma tras la llegada de los pueblos germanos y el último intento integrador del Imperio bizantino.

El tercero de estos apartados «Economía y sociedad» profundiza en las características formales y materiales de las gentes que habitaron Hispania, y en los rendimientos extraídos, primero de su conquista y posteriormente de su explotación. Y todo ello sin perder de vista la perspectiva integradora de Roma y el carácter geopolítico de Hispania como una parte de la totalidad del Imperio, sin cuyas premisas generales no podríamos entender la indeleble huella dejada en nuestras tierras y sus gentes durante siete largos siglos de su historia.

Para facilitar la elaboración de esta *Historia de la Hispania romana*, los autores nos hemos distribuido la redacción de los tres apartados mencionados del siguiente modo: Pedro Barceló se ha encargado de «La conquista de Hispania» e «Hispania y el Imperio», y Juan José Ferrer de «Economía y sociedad». Sin embargo, ambos nos hemos implicado en la totalidad de la obra, siendo permanentes los intercambios de pareceres y aportaciones de cada autor en la parte correspondiente al otro. Aportaciones y sugerencias que también queremos agradecer de modo especial a nuestro amigo Sebastián Albiol y a

los queridos colegas Jaime Alvar y Francisco Pina Polo,
pacientes lectores de un manuscrito que ellos han sabido
enriquecer.

Pedro Barceló
Universidad de Potsdam

Juan José Ferrer Maestro
Universidad Jaume I de Castellón

I. La conquista de Hispania

1. Antecedentes

Cayo Pomponio Mela (11, 5, 86), renombrado geógrafo hispano del primer siglo de nuestra era que dedica gran parte de su obra a la descripción de su tierra natal, nos transmite una escueta percepción contemporánea sobre la naturaleza del país, que merece ser resaltada por su acendrado sentido utilitarista:

Hispania, rodeada por todas partes por el mar, a no ser por donde llega hasta las Galias, y especialmente estrecha donde es contigua a ellas, se prolonga poco a poco hacia el Mare Nostrum y hacia el Océano; cada vez más extensa llega al oeste y alcanza allí su máxima extensión y es tan rica en hombres, caballos, hierro, plomo, cobre, plata y oro y tan fe-raz que, si en alguna parte es pobre por la escasez de agua y distinta de ella misma, sin embargo produce lino y esparto.

Conectada a través de los Pirineos con el centro continental europeo, y rodeada por el océano Atlántico y el mar Mediterráneo, la Península Ibérica, semejante a una piel de toro extendida (como los autores antiguos recalcan, por ejemplo el geógrafo griego Estrabón 3, 1, 3) de casi 600.000 km², constituye una continuación de Europa, y a través del estrecho de Gibraltar un puente hacia África a la vez. Sin embargo, la impresión de un gran bloque homogéneo situado en la periferia europea es engañosa. Ya desde el establecimiento de los primeros asentamientos humanos se puede observar la extrema permeabilidad, así como la enorme capacidad receptiva de esta gran masa territorial, expuesta a múltiples influencias externas, debido a la accesibilidad de sus costas y a la considerable extensión de un litoral con más de 5.000 km de longitud.

A lo largo del primer milenio a. C., oleadas de pueblos indoeuropeos procedentes de la Europa central penetran a través de los Pirineos en territorio peninsular y encuentran nuevos hogares en la cornisa atlántica y en la Meseta. En toda la ribera mediterránea surge, basándose en el sustrato humano autóctono, la cultura ibérica, en torno al siglo VI a. C., impulsada por los influjos venidos del Mediterráneo oriental. Los iberos y los celtas, así como una serie de corrientes humanas procedentes del mundo fenicio, griego y cartaginés, determinarán la protohistoria del país antes de la llegada de los romanos. La división étnica de la Península Ibérica, así como la denominación de gran parte de sus territorios y de sus moradores a través de términos genéricos como iberos, celtas o celtíberos, es producto de los autores griegos y

romanos, entre los que destacan Polibio, Livio, Estrabón y Plinio [G. Cruz Andreotti, 2003]. Son básicamente observadores foráneos los que, prescindiendo de la extrema complejidad del fenómeno, recurren a sistematizaciones plagadas de esquematismos para forjar imágenes coherentes de aquellos pueblos que serán primero objeto de la colonización fenicia o griega y posteriormente de la conquista cartaginesa o romana.

Los iberos, segmentados en numerosas sociedades tribales, como por ejemplo los contestanos, edetanos, iler-cavones, ilergetas, etc., relacionados recíprocamente a través de un conjunto de características sociales y culturales comunes, son –vistos desde fuera– el elemento más activo y de mayor relevancia demográfica [F. Wulff, 2001]. Su área de asentamiento abarca la vastísima zona que se extiende desde Cataluña, el valle del Ebro, Valencia y Murcia hasta Andalucía, lo que ya en sí es un indicio de complejidad [P. Moret, 2004].

En el sur habitaban los turdetanos, ensalzados por Estrabón como los más civilizados entre los pueblos autóctonos. Este aserto se ha visto refrendado contundentemente por los hallazgos arqueológicos de Osuna (Sevilla) y de otros yacimientos. Los iberos, agricultores y ganaderos, vivían esencialmente del cultivo de cereales. Para estos menesteres se servían del arado y de diversos aperos. Por regla general, se establecieron en plazas fortificadas fáciles de defender, mayoritariamente ubicadas en altozanos situados en las proximidades de los ríos o en las estribaciones de las montañas. Roturaban sus campos de labranza cerca de sus asentamientos. Las actividades agrícolas iban acompañadas de las ganaderas. El conoci-

miento del torno, por ejemplo, permitía realizar una cerámica de gusto exquisito, así como todo tipo de utensilios caseros. En múltiples vasijas encontramos imágenes que reflejan la vida cotidiana: escenas con parejas de jóvenes, guerreros, danzantes, representaciones de actividades culturales. También conocían y utilizaban la escritura, cuya técnica aprendieron de los pueblos del Mediterráneo oriental. En la actualidad podemos leer su alfabeto, pero aún no es posible descifrarlo hasta lograr su inteligibilidad. La organización social se basaba en una estructura jerárquica en torno a una aristocracia guerrera –en la mayoría de los casos, poseedora de las mejores parcelas de cultivo–, que tenía a su disposición cuantiosas clientelas. Los contactos entre las distintas comunidades tribales eran más bien escasos debido a unas condiciones geográficas que favorecían el aislamiento. El entramado familiar, así como las relaciones entre la masa de la población y los nobles, mostraban, por el contrario, un enorme grado de complejidad. Esto último se manifestaba en la *devotio*, costumbre admirada por los romanos, que consistía en mantener una fidelidad aparentemente inquebrantable a sus dirigentes.

Según la opinión generalizada, se argumentaba que, desde el cambio de milenio, hicieron su aparición en la Península grupos tribales indoeuropeos. A partir del siglo VII a. C. se documenta la presencia de portadores de culturas como la de Hallstatt, procedentes de la Europa central; más adelante les seguirían nuevas oleadas migratorias, como las vinculadas a la cultura de La Tène, cuyos flujos más relevantes se producirían en el siglo IV a. C. (época en la que también acontecen las incursiones cel-

tas en Italia, de las que la más sonada llegará hasta Roma), y se prolongan hasta entrado el siglo III a. C. Para certificar esta tesis se esgrimía la hipótesis de las estratigrafías en la toponimia (por ejemplo, los nombres de lugares acabados en *-briga*), o la expansión de los llamados campos de urnas. La última oleada correspondería a la difusión de la civilización celta, cuyos principales núcleos se concentraban en Galicia, Asturias, Cantabria, Castilla, en la parte occidental de Aragón y en Portugal, adentrándose hasta algunas zonas del interior de Andalucía.

Sin embargo, según las más recientes investigaciones, estas posiciones están perdiendo fuerza comprobatoria y credibilidad debido a la enorme complejidad del fenómeno [M. Almagro Gorbea, 2001; F. Wulff, 2001]. No se habla ya de un pueblo celta en general, sino más bien de un número indefinido de etnias diferenciadas entre sí, poseedoras de una cantidad de referencias comunes, como la lengua, la escritura, la religión o formas de vida cotidiana, que vistas en su conjunto mantienen una estrecha relación con análogas manifestaciones de la cultura celta tal como pueden ser observadas fuera de la Península Ibérica. Los componentes de estos grupos sociales, pastores y agricultores, gozaban, gracias a su avanzada metalurgia, de considerables ventajas en el armamento con respecto a los pueblos de su entorno. Precisamente por eso fueron capaces de mantener, a pesar de su limitada demografía, un área de asentamientos relativamente extensa, incluido el sur peninsular, como recientemente ha sido puesto de relieve [F. Villar, 2000].

Por otra parte, las fuentes grecorromanas nos hablan de comunidades celtibéricas, que surgieron, según teo-

rías ya expresadas en la Antigüedad, de la ocupación de territorios iberos por grupos de población de origen celta, cuyas zonas de hábitat se ubicaban al norte de la Meseta, en el valle del Ebro, del Jalón, del Duero y del Alto Tajo. Muchos piensan que celtíberos significaría en realidad ‘los celtas de Iberia’, igual que los galos serían los ‘celtas de la Galia’. Actualmente, la aproximación científica al tema de la espacialidad e identidad celtíberas está en plena fase de debate [F. Burillo, 1998; F. Beltrán Lloris, 2004]. No obstante, antes del advenimiento de los romanos, los pueblos foráneos que dejaron las más significativas huellas en Iberia fueron, sobre todo, los procedentes del Mediterráneo oriental.

Fenicios, griegos y cartagineses acuden al litoral ibérico en búsqueda de metales y materias primas. Las informaciones de las fuentes literarias y los datos arqueológicos no concuerdan sobre la datación del asentamiento colonial en Gadir (Cádiz), la primera ciudad en territorio peninsular fundada por los fenicios (siglo IX a. C.). A ésta le siguen varios establecimientos diseminados alrededor del litoral atlántico y mediterráneo, tales como Huelva, Castillo de Doña Blanca, Málaga, Toscanos, Almuñécar, Adra, La Fonteta (Guardamar del Segura). En los contactos con la población autóctona primaban ante todo las relaciones comerciales y económicas.

Numerosos vestigios arqueológicos muestran las características del arte fenicio, especialmente en los sarcófagos antropomorfos, gargantillas, prendas decorativas, cadenas y cinturones de oro, tal como se encuentran en zonas fuera del estricto ámbito de influencia fenicia, como por ejemplo en los tesoros de Villena (Alicante) y

de Aliseda (Cáceres) y en las vasijas cerámicas de barniz rojo. La impronta fenicia en múltiples objetos es claramente visible en el arte ibérico. Los contactos entre la población indígena y los mercaderes fenicios trajeron consigo profundas transformaciones en ambos ámbitos culturales [J. Alvar, 2001, 2002]. Fueron los fenicios quienes introdujeron la vid y el olivo como nuevos cultivos agrícolas en el valle del Guadalquivir y en la costa mediterránea, y con ello incentivaron la agricultura [C. González Wagner, J. Alvar, 2003]. También fueron ellos los impulsores de la escritura y de las técnicas artesanales más avanzadas. La llamada iberización no fue sólo un proceso de aculturación de usos y costumbres orientales, sino que también constituyó un desarrollo complejo caracterizado por una interacción constante entre la cultura local y la foránea. La relación entre los pueblos autóctonos y los colonos fenicios condujo inevitablemente a modificaciones y transformaciones en las estructuras sociales y económicas de ambos grupos, que culminarán en la aparición y el desarrollo de la cultura tartésica en el sur peninsular.

Al historiador griego Heródoto (4, 152, 3) debemos el relato del espectacular viaje realizado por el navarca griego Coleo de Samos (siglo VII a. C.) a Tarteso [A. Domínguez Monedero, 1996]. Acerca del sur peninsular circulaban una serie de rumores en los que se mencionaban lugares ricos en metales, sobre los que se proyecta la imagen de una especie de El Dorado de la Antigüedad. Su mítico símbolo era el rey Argantonio, enigmático personaje de quien ya Heródoto nos cuenta que abrió a los focos las puertas de su país. Esta invitación coincidía